

Intemperie (Baltimore Pictures)

Saúl Yurkievich

Elipses con las rectas conectan
a distinto nivel.
Paralelas a la ruta van
las alambradas
de la vía férrea.
Sobre la grava, basuras:
un vertedero.
Arriba, la estación.
Alrededor, hondonadas.
Como empuñaduras de espada
los puentes se tienden
sobre la ciudad.
Debajo rumorea o ruge
la ininterrumpida hilera de los autos.
Por anchuras y angosturas
ando
(un peatón aquí existe apenas).
Las carreteras tajan la ciudad;
tan pronto ella se apiña
como se desperdiga.
Descampados alternan con calles
de edificación compacta.
Sobre la colina,
la flecha de la iglesia
y la columna conmemorativa.
Entremedio,
alguna fronda asoma.
Más allá emerge
una mala réplica
de palacio florentino.
Cemento al desnudo:
esa estructura
apila coches en estacionamiento.
Las torres contiguas alojan oficinas.
Pardas explanadas
las circundan.
Por tales parajes
deambulo.
Anochece,
las moles ensombrecen.
Un celeste sedoso
se atarda en el cielo,
postrero porfía.
Por los tubos de tu órgano,
por tus ventrículos
exhalada,
por tu esponjosa masa,
por las gomosas mangas
aventada,
por la cavidad de tu tórax,
por los anillos de tu tráquea

sopla impelida entre tus cuerdas
que se tensan y vibran
tu ofrenda.
Áfono disco que una aguja rae y resuena,
habitado eres
porque en ti se aposenta
esa palabra en pos,
porque conmigo estás
para que la clausura cese
y la extensión exceda.
Inconmensurable es tu oído
y puede oírme,
oír mi salmo.
Clamor del deslucido desde su estrechez
otra vez encuentra su sibilía.
Soterrada reliquia,
de su recóndita materia la recupera,
de la sombra sin nombre:
tu fundamento.
En esa hondura soy
como el escriba ignaro que transcribe
una escritura extraviada;
no la descifra pero sabe
que esa palabra comporta,
consonando nombra,
al recordar concuerda: conforta.
Gorrion que reencuentra su bandada y migra,
acordando recobro
mi pertenencia
al árbol que ninguna hoja pierde.
Tienda contra el simún,
tu voz
alzada a campo raso.
II
Fayette Street,
del lado donde
la ciudad se vacía.
Westminster Cemetery,
cerca de la terminal de autobuses:
menesterosa clientela merodea.
No hallo cipreses titánicos,
pero entreveo el lago de Auber
y el bosque embrujado de Weir.
Sólo la tumba de Poe
tardíamente fue preservada
del desmenuzamiento.
Ese cine cerrado
con la gran marquesina rota

algo tiene del
rancio cuerpo inmemorial.
Por Haward Street,
los baratillos de ropa,
las tiendas de radio y televisión.
Chicotean, machacan los altavoces.
Los dependientes negros
marcan con quebrantaduras
la cadencia del rap.
Calle arriba,
antes de la zona
de los anticuarios,
la manzana demolida cubre
una alfombra de escombros.
Remate:
como si el mundo hallara
al fin
resolución
o la saeta en la noche ascendiese
hasta el Can o el Pez
y la faz se mostrase:
perdición.
Con descalabrada y lacras
al descubierto:
buba, úlcera, pústula.
Violencia a cada momento despenándose:
la historia de tu género,
lo bestial que te sitúa, recluye y abate.
Terror blanco, pardo o rojo:
partido único
apuntalado por su policía política
te tutela.
Exterminio por extenuación,
por bala o gas tóxico.
Seguridad del Estado.
Las administraciones planifican
el apartamento reductor.
Al insumiso, al indeseable internan.
Martirio y remate
suministran:
sacar el tuétano y dar el alma.
Apátridas sin techo y sin sustento,
las razas repudiadas:
oscuridad y resbaladeros,
conocen
tormento de áspid y escorpión.
Reino brutal
de los que dan potestad a la prepotencia
de los que se sulfuran, arremeten y aplastan:
iniquidad.
Bajeza es también tu condición:
expulsado del vientre
por la vulva materna te expiden,
caes por convulsión
y estremecida queda para siempre
tu substancia.
Trozo del vaso trizado,
sembrador de sal,
atropellas y devastas,
sólo tus pertenencias cuentan para ti,

con cada acto calculas tus haberes,
porfiadamente fijas
la mirada en tu ombligo,
rapaz, depredador
iniquidad en ti fermenta
iniquidad fomentas,
carnicero.

¿Serán los apacibles borrados
del libro de la vida?
¿Recobrará el cordero
la fortaleza
para afrontar el embate
del caballo amarillo,
acometida que mata
con punzadura, con desgaje y con hambre?
¿Quién ungirá tus ojos para que veas
cuándo, cómo y dónde?
Tú, el cuitado, el relegado
por los ángeles del señalamiento,
en el tiempo del sexto sello.
Al ras y de cuajo, unifican.
Para borrar el signo,
abatan el cuerpo que lo porta.
O te destierran,
todo lo mueven de lugar
para implantar sus casamatas.

Tu extrañeza crece.
Ajenos a nosotros somos,
extranjeros
errando por el doble dédalo,
por fuera y por dentro,
de paso.
Huéspedes, en nuestra casa.
Rala se vuelve la ciudad.
Se allana. A la afueras, llegas.
Al lindero.

Lo consabido cesa,
lo que concibes se disipa
y no consigues designar.
La perspectiva se ensancha.
Adelantas sin contorno,
sin confin.
Nada atrae, nada detiene la mirada.
En esa inmensidad difusa,
nada emplaza, nada afinca, nada fija.
Una atracción de rara firmeza
te impulsa a avanzar.